

José Enrique Monterde.
Cine, Historia y Enseñanza
Barcelona, Laia, 1986

La cultura audiovisual al exigir el desarrollo de nuevas competencias en los alumnos supone un desafío para la escuela. Cómo hacer de los medios audiovisuales una herramienta para el trabajo reflexivo y no un mecanismo de entretenimiento o de «pedagogía light», como dice G. Obiols? Dar respuesta a este interrogante no es tarea fácil, y se complica aún más si la disciplina en cuestión es la Historia. En una sociedad que prioriza el presente como «bisagra» al tiempo futuro, olvidando al presente como «bisagra» hacia el pasado para construir una

cultura que tenga que ver con la memoria y con la Historia (Beatriz Sarlo. *Propuesta Educativa*, Diciembre 1994), cómo recuperar el valor explicativo del pasado?

Es a estas preguntas que intenta responder José E. Monterde en *Cine, Historia y Enseñanza*. La propuesta apunta a que los docentes cuenten con una referencia a partir de la cual poder establecer su propia reflexión sobre las posibilidades que ofrecen los medios audiovisuales y, especialmente, sobre el sentido del empleo del Cine en la didáctica de la Historia.

El principal destinatario es el historiador en su doble faceta, docente e investigadora, pues en ambas puede verse afectado por el hecho de que los films sean una vía idónea tanto para el conocimiento de la historia reciente como para la producción de un discurso sobre el pasado, «no en la vía tradicional del texto escrito sino por la sugerencia fascinadora de las imágenes en movimiento».

Se trata de «poder integrar buena parte de lo ya dicho en el ámbito de las relaciones entre Cine e Historia de una forma fluida y en todo caso buscar la mayor originalidad en la estructura de presentación de las diferentes partes del tema, con la perspectiva también de que esa misma estructura se constituya en orientación sobre las formas de aproximarse al análisis del Cine desde la Historia.» (pág.6)

El libro se compone de un Corpus teórico y una serie de apéndices de orientación práctica, que pretenden sentar las bases para una referencia común desde la que cada cual pueda seguir su propia vía investigadora, y no una colección de recetas para el buen uso del cine en la enseñanza de la Historia.

En primer término se define al Cine como un medio de comunicación de masas, un hecho de lenguaje, un sistema industrial y un lugar de concentración interdisciplinaria.

En ese contexto el autor afirma: «...ante todo consideramos al film como lugar del discurso y en este sentido no tiene por qué quedar en posición de desmerecimiento en relación con una Historia que también es ante todo discurso, que a veces también es arte literario y en ocasiones

aspira (sólo aspira) a ser ciencia.» Afirmación que lo coloca en la perspectiva historiográfica que ubica a la narración como el objeto de estudio de la Historia.

En el debate producido entre los historiadores de los campos en cuestión, el estructural, que privilegia la explicación, y el narrativo, que reivindica la Historia como narración en una vuelta a lo particular, Peter Burke propone ir más allá de las dos posiciones opuestas hasta alcanzar una síntesis. En esa búsqueda aproxima la Historia al Cine: «Las escenas retrospectivas, los montajes paralelos y la alternancia de escena y relato son técnicas cinematográficas (o, en realidad, literarias) que pueden emplearse de manera superficial más para deslumbrar que para iluminar, pero también podrían ayudar a los historiadores en su difícil tarea de revelar las relaciones entre acontecimientos y estructuras y presentar puntos de vista múltiples.» (Burke P. (comp.). 1993. *Formas de Hacer Historia*. Madrid, Alianza. Pág. 305).

Si bien la afirmación sobre el carácter discursivo y no científico de la Historia es sumamente discutible, se abren numerosas vías para la reflexión de los docentes sobre el uso del Cine en la didáctica de la Historia.

El film, convertido en testimonio para quien sepa interrogarlo, adquiere el carácter de revelador de una visión del mundo. Para analizar cómo funciona el reflejo socio-histórico se proponen como ejes los definidos por Sorlin en Sociología del Cine: 1) las relaciones manifiestas, inscriptas en el universo ficticio del film; 2) las relaciones implícitas con el fuera de campo (espacio virtual) sugeridas explícitamente

o dejadas a la apreciación del público y 3) las relaciones organizadas por el *fdm* entre el público y la pantalla.

El cine histórico es «aquél donde la Historia se hace problema, donde ella es el tema mismo del film y no el fondo de una intriga transponible a cualquier otro concepto». (Frederick Vitoux, pág.69).

La ideología, el imaginario colectivo, los autores, las censuras, los públicos y la crítica son los elementos considerados claves para el análisis del film como discurso histórico. Desentrañar ese discurso implica el planteo de una serie de interrogantes: «qué hechos se seleccionan? Cómo se desarrollan en el film? Qué conexiones entre ellos se muestran?», a partir de los cuales aparece la interpretación. Además de su discurso explícito presenta otro implícito, subordinado a la contemporaneidad de la producción, como testimonio de la sociedad que lo produce y consume, reforzándose así el carácter actual de cualquier reflexión histórica y trazando, al mismo tiempo, una vía de comprensión de la función y uso ideológico-propagandístico de la representación histórica en un momento dado, como reafirmación de esas funciones o como denuncia y, paralelamente a la capacidad actualizadora del pasado, permite la crítica del presente.

Los signos filmico-históricos (situación temporal y geográfica, comprensión de la trama, vinculación con el discurso histórico extracinematográfico, etc.) deberán ser claramente identificables por parte del espectador, sujeto predilecto de todo análisis filmico.

Al abordar el Cine y el trabajo histórico dos cuestiones son importantes: la

confrontación entre el Cine y la memoria y entre ambos y la Historia, y el papel del cine en el conocimiento de la Historia.

La primera cuestión discurre por cuatro vías: 1) como simple registro testimonial; 2) como confrontación más o menos productiva; 3) como lugar de creación de memoria y 4) como reflexión filmica sobre sus mecanismos de funcionamiento. Teniendo siempre en cuenta que la memoria no es homogénea sino que presenta diversos estratos, la personal, la familiar, la histórica, que en buena parte coincidirá con la colectiva, y la mítica. Y a partir del auge que en los últimos años ha tomado la historia oral el cine ocupa un lugar preferente como registro de esa memoria oral.

La segunda cuestión dependerá no sólo de aquello que dice el film por si mismo, sino de las preguntas pertinentes del historiador.

El capítulo 5 ofrece una tipología subdividida en dos apartados 1) cine no ficcional (o documental) y 2) cine ficcional (o argumental). Estableciéndose, también, las relaciones entre cine histórico y géneros cinematográficos con la intención de contribuir al debate sobre su adscripción genérica. Tipología que queda sólo en clasificación.

El capítulo 6, referido a la aplicación didáctica, enfatiza sobre la necesaria complementación de la enseñanza de la Historia como investigación con la producción de algún discurso histórico por parte del alumno, actividad que no puede ignorar las posibilidades de los medios audiovisuales como lugar de enunciación del discurso histórico. Todo lo cual requiere del profesorado la posesión de una serie de conoci-

miemos sobre las características propias de cada medio en función de su aplicación en el aula, las virtudes en relación con la enseñanza de la Historia y las formas de trabajo con esos materiales y, especialmente, la confrontación con la práctica tradicional y la necesidad de la interdisciplinariedad. No se trata tanto de usar materiales didácticos, sino de «usar didácticamente los materiales», buscando la conexión con otras áreas.

El alumnado telespectador y video adicto hace necesario «ampliar la clase a esa aula sin muros» que constituyen la televisión y los otros canales de difusión audiovisual, para capacitarlos en el análisis de una diversidad de discursos ajenos. «Parece obvio que los canales audiovisuales están siendo —y aún van a serlo más en un futuro inmediato— el lugar privilegiado para la recepción de esos discursos; por tanto parece una obligación inexcusable del docente formar a sus alumnos en la vía de la comprensión de lo que dicen, cómo lo dicen y para qué lo hacen los films y otros productos audiovisuales que mantienen una textura todavía muy próxima a la filmica.» (pág. 197)

Frente a todas estas ventajas aparece un problema: qué materiales utilizar? Problema para el cual se establecen dos criterios de selección: 1) la eficacia didáctica y 2) la pertinencia en relación al tipo y nivel del alumnado.

A lo largo del libro se sugieren líneas de análisis para una serie de films históricos, y en el apéndice se describe una

experiencia efectuada en Cataluña en el año 1975, denominada «Drac Magic», que involucraba no sólo a los alumnos de EGB y COU, sino también al profesorado, especificando las distintas actividades realizadas, las que implicaron la proyección de los films en forma abierta en sesiones cinematográficas, un coloquio posterior a la proyección, un apéndice documental preparado por un equipo de profesores, cursillos de formación del profesorado y el análisis concreto de cada film, adjuntándose como ejemplo algunas de las fichas utilizadas. También se incluye bibliografía en castellano y otros idiomas sobre el binomio Cine/Historia y una antología filmográfica.

Frente al auge indiscutible de la cultura audiovisual y aún habiendo transcurrido diez años desde su publicación, Cine, Historia y enseñanza posibilita alternativas para pensar el problema central, expuesto por Beatriz Sarlo, en Política cultural e institución escolar, «resolver cómo las instituciones —y los actores correspondientes— que tienen que ver con las ideas, que tienen que ver con paradigmas discursivos y argumentativos, que tienen que ver con retóricas complejas, negocian unas nuevas relaciones formales con los medios». (*Propuesta Educativa*. Diciembre de 1994).

Desde esa perspectiva, la utilización del cine en la enseñanza de la Historia aproximará a los alumnos al pasado de una manera diferente, abriendo espacios de reflexión sobre la Historia construida.

Prof. María C. Garriga
(UNLP)